

# *Infinito*



JAVIER SEÑAS



---

---

# Capítulo 1

«Ring, ring, ring...», sonaba aquel ensordecedor teléfono sin parar. Rui, profundamente dormido, ni se inmutaba. Tuvo que ser el compañero de la cama de abajo quien, tras varias patadas en su litera, consiguiese a duras penas despertarlo. Hacía más de tres meses que su móvil no sonaba y no estaba acostumbrado a su melodía. Solo aquellos golpes en las lumbares, junto al chirrido del somier, lo consiguieron. Eran las tres de la madrugada. Con los ojos entrecerrados, rodeado de la polvareda que desprendía su litera por aquellos golpes y sin ni siquiera poder mirar al individuo que le había despertado, cogió de manera automática el móvil, posado al lado de su cabeza, y, antes de aceptar la llamada, caminó con sigilo hacia la puerta de salida ante el murmullo de varios de los huéspedes. Aquel albergue maloliente de Siem Reap, en Camboya, con cerca de veinte literas en aquella diminuta habitación, era lo único que Rui podía permitirse tras su larga andadura por Asia.

Una vez fuera de la habitación, y sin ver de dónde venía la inesperada llamada, la cogió y, todavía adormilado, contestó «¿Sí?», parco en palabras, mientras se frotaba los ojos.

---

Una voz femenina con mucho ruido de fondo sonaba desde el otro lado de la línea: «Soy yo, Valentina», dijo con tono muy seco.

En ese momento a Rui le dio un vuelco el corazón. Una patada en los riñones. Todo el sueño voló. Muy lejos. Y no fue capaz de responder. Era el nudo en el estómago lo que le impedía hablar, aunque él quisiese. Como si la voz quisiera salir de allí. Varios segundos después, y cansada de esperar, algo volvió a sonar desde el otro lado de la línea: «Aunque me imagino que te dará exactamente igual, tan solo te llamaba para decirte que esta mañana ha nacido tu hijo», dijo Valentina con un tono muy enfadado. Y sin más, terminó la llamada, justo antes de que Rui pudiera reaccionar. No vio su cara, pero se la imaginaba. Fue en ese momento cuando todos los recuerdos de su vida con Valentina bombardearon su cabeza. Las memorias iban y venían. Aunque él quisiera, era difícil quitárselas,

Alrededor de cinco meses atrás, Rui decidió poner punto final a una relación que muchos podrían haber calificado como perfecta. El miedo por formar una familia, por conseguir todo aquello que él añoró durante su niñez, fue lo que le hizo perder los estribos aquel día y desaparecer. Aquel día salió con rumbo hacia ningún lugar, allí donde nadie pudiese encontrarlo. Así que se dirigió hacia el aeropuerto y el vuelo más lejano que salió en las próximas dos horas fue el que tomó. Resultaron horribles las nueve horas de avión ininterrumpidas hacia Bangkok. Una pesadilla. Con la cabeza agachada para ocultar los llantos, se pasó todo el viaje evitando que las azafatas lo vieran y le preguntaran por su estado. Poco a poco, el tiempo fue curando la pena y, sobre todo, su malestar y sensación de haber actuado mal. O al menos no de la forma más correcta. Sin embargo, una simple llamada de apenas diez segundos de duración, en la que no pudo ni hablar, tiró al traste toda su mejoría y esa misma sensación de odio a sí

---

mismo, junto con un intenso malestar, se volvió a presentar en su cuerpo. La nostalgia, la pena y el dolor se volvieron a apoderar de lo que en su cabeza ya parecía olvidado.

Tras colgar, se sentó en el suelo, intentando sobrepasar el mal trago. No se podía creer que su hijo ya hubiera nacido vivo. Necesitaba tiempo para pensar. Orgullo o familia. Miedo o inseguridad. Tenía que decidir. Pero una decisión tan difícil para aquel cerebro complejo necesitaba meditación. Y estaba en el sitio adecuado. Así que, con un grito de rabia que hizo alterar a varios huéspedes de aquel albergue pese a estar en habitaciones adyacentes, se levantó y se dirigió hacia la puerta de la calle. Estaba en pijama. Pero daba igual. No importaba nada en ese momento. Acababa de ser padre y estaba a más de cinco mil kilómetros de su familia. Salir en pijama de un albergue maloliente era lo de menos.

Pese a las horas, siempre había un tuk tuk esperando a las puertas de cualquier alojamiento turístico y ese albergue, uno de los más grandes de la ciudad, no era una excepción. Aquellas motocicletas camboyanas contaban con un reposadero que podía transportar hasta cuatro pasajeros. Sobrarían tres. Pero quería estar solo. Él y el sonido de aquel ensordecedor motor que se adentraba en su tímpano para que cualquier otro recuerdo pasase desapercibido.

Quería paz y el mejor lugar para ello no estaba muy lejos de allí. Un templo hindú. Angkor Wat. Esos amaneceres le habían conquistado el corazón. Como si la paz interior se adentrara en su cuerpo. Iba todos los días. Pocos minutos, pero todos los días. Le bastaban para olvidarse del resto. Su albergue estaba bastante cerca y no tenía mucho más que hacer por allí. En el resto de los lugares que había estado en Asia no había aguantado más de una semana, pero aquello era diferente. Tres semanas llevaba ya y sin pensamiento de moverse. Al menos hasta aquel día.

---

El conductor de aquel tuk tuk solo entendió dos palabras de la frase de Rui. Pero bastaban. «Angkor» y «Wat». Más de cincuenta viajes hacían hacia allí a diario. Casi ninguna palabra habría bastado, pues tenían un sexto sentido ya desarrollado.

Rui quería mantener la mente fría hasta llegar a su destino, pero le fue imposible. Intentaba pensar en aquella preciosa y tranquila noche, pero solo Valentina aparecía en su cabeza. Intentaba pensar en que iba en pijama, pero imaginaciones de cómo sería su hijo era lo que bombardeaba su mente. Pese a sus sentimientos, la escena de su disputa se manifestó, como si su cerebro no pudiese controlar su corazón.

«Rui, tengo que decirte algo», dijo Valentina con tono suave y amoroso.

«Dime, cariño», respondió Rui mientras le cogía la mano. «El matrimonio es algo que te debería pedir yo a ti, Valentina», bromeaba él como de costumbre. Era aquella magia, aquel enamoramiento continuo, lo que les hacía ser tan felices.

«La verdad que debería habértelo dicho antes, pero nunca he encontrado el momento...», comentó Valentina con cara de buena chica, como si fuera una niña que le estuviera pidiendo golosinas a su padre.

En aquel momento, a Rui le cambió la cara ligeramente: «Me estás preocupando, cariño. Suéltalo ya».

«Bueno, me imagino que te habrás dado cuenta de que he cogido algo de peso estos últimos meses, pero, como tú siempre dices que has tenido una infancia muy dura y no te imaginas siendo padre, no encontraba el momento...», dijo, soltándolo todo con perspicacia.

A Rui le cambió la cara, no se lo quería creer, y tardó en reaccionar: «¿Me estás diciendo que te encuentras embarazada? ¿Y de cuánto, si puede saberse?», preguntó con la cara completamente descolocada y con la voz empezando a elevarse.

---

«De unos cuatro meses...», respondió Valentina, echando los dados al aire sin saber cómo reaccionaría Rui.

«¿Cómo?», gritó Rui, desesperado, sin dar crédito a lo que escuchan sus oídos. Se echó las manos a la cabeza mientras se sentaba en el sofá murmurando: «No puede ser, no puede ser». Rui necesitaba tiempo para pensar. El golpe fue duro, pero más dura resultaba la falta de transparencia, de confianza, el engaño. Eso le penetró el corazón. Era cierto que él no estaba preparado para tener hijos, pero lo habría aceptado de haber sido sin ocultamientos. Lamentablemente no fue así y su cuerpo ardía. Como si hubiese tocado un hierro al rojo vivo.

Valentina permanecía de pie. Ella se fue acercando a él sigilosamente, intentando pasar desapercibida. Sabía que había actuado mal. Pero no había encontrado antes el momento de contárselo. Tenía miedo, mucho miedo, al rechazo. Una vez a su lado, pretendió tocarle el hombro. Quería aliviar la situación, relajarla, quitar esa tensión en el ambiente. Estaba dispuesta a pedir perdón. No llegó la mano a tocar el hombro de Rui cuando este, entrado en furia, se levantó y, completamente fuera de control, exclamó «¡Quita!» mientras le aparta la mano.

Valentina, disgustada, empezó a enojarse: «Sé que he actuado mal, pero ¿ves normal que, en vez de apoyarme, me quites la mano? ¡Al fin y al cabo, es tu hijo!», respondió ella intentando retomar el tema principal, que era su embarazo y su futuro hijo en común.

Él se alejó hacia la pared de aquel salón normalmente espacioso, aunque diminuto aquel día. No respondió, no sabía qué decir. Necesitaba tiempo para pensar, para digerirlo todo. Aún no había asimilado la idea de ser padre. De momento, únicamente el engaño formaba parte de sus sentimientos. No salía de ahí. Y no quería tampoco.

---

Los segundos pasaban y la impotencia de Valentina crecía. «¿Acaso no lo quieres?», preguntó intentando desviar el problema hacia otro sitio.

«¿Me estás diciendo que has aguantado cuatro meses para decirme que estás embarazada porque no sabías cómo decírmelo antes?», respondió Rui mientras se erguía lentamente, despertando de su pequeño letargo. Entre tanto, una idea terrible se le pasó por la cabeza: «¿Acaso crees que me chupo el dedo?», volvió a preguntar tras coger fuerzas y alzar contundentemente la voz ante la mirada atónita de Valentina, quien se quedó sin palabras, expectante de saber cómo seguiría la frase y sin predecir qué podría pasar por esa cabecita. «Te voy a decir por qué no me lo has dicho antes», prosiguió mientras se acercaba a Valentina con el dedo índice levantado cerca, muy cerca. «Sabes de sobra que tengo un trauma con lo de ser padre, que somos muy jóvenes y que, si me lo hubieses dicho cuando llevabas dos meses, habríamos abortado. Ahora no hay posibilidad de aborto y puedes decírmelo libremente. ¿Es así o no, Valentina?», terminó merodeando por su espalda.

Valentina, todavía sin poder ninguno de reacción y con una respuesta tan original como cruel, no pudo contestar a Rui, el cual siguió: «Lo siento, pero quiero entregarlo en adopción, pues en esta situación de engaño y siendo tan jóvenes yo no puedo tener a ese niño...». Rui no estaba seguro de lo que acababa de decir, pero sí tremendamente dolido por el ocultamiento.

Esas frases sonaron como una estampida para los oídos de Valentina, que la hicieron instantáneamente contestar de una manera parcialmente agresiva, mientras las lágrimas empezaban a brotar de sus lindos ojos verdes: «¿Acaso estás loco? ¡Es nuestro hijo! ¡No puede ser verdad lo que me pides!». Y con tono tajante, terminó: «Aparte, yo quiero tener a ese niño».



---

La discusión empezaba a trascender. La agresividad iba y venía. Parecía una guerra para ver quién podía más. Rui, obcecado ante el engaño, no entraba en razón. No era por no querer tener a su futuro hijo, sino por orgullo. No era por no querer perdonar a Valentina, sino por tozudez. Pero más allá de ser infiel a sus deseos, más allá de retomar su felicidad, se dejó llevar por aquella vocecilla. La vocecilla del miedo, la vocecilla de la imprudencia. Era joven y la experiencia de contenerse, de recapacitar, de pensar antes de hablar, no estaba aún programada en su disco duro.

«¿Cómo? ¡Me da igual!», continuó cada vez más alto, cada vez más agresivo. «¡Me has engañado! ¡No quiero tener ese niño!». Y tras tomar un poco de aire (no para pensar en qué decir, sino en cómo hacer más daño), terminó con una rotunda inseguridad para los ojos de cualquier psicólogo: «Lo siento, pero tendrás que elegir: el niño o yo». Pero no había ningún psicólogo allí. Solamente Valentina. Dolida por esas palabras que llegaron a su corazón y lo partieron en dos. Un error que hacía desaparecer la felicidad. Un error que arruinaba los tres años de noviazgo perfecto. Un error que rompía un sueño.

En ese momento, Valentina rompió a llorar. «No puedo creer lo que me dices. Hay que ser muy egoísta para ponerme en esa tesitura. Y todo porque, en realidad, no quieres que tengamos un hijo juntos. Pensaba que me querías, ya veo lo confundida que estaba», terminó Valentina, aplicando psicología inversa con el deseo de que Rui recapacitase.

Nada más lejos, esa frase jugó un papel inverso para los deseos de Valentina e hizo que Rui estallara de rabia: «¿Cómo te atreves a decir eso? ¿Con todo lo que hemos pasado juntos? Ahora vienes con un embarazo de cuatro meses habiéndomelo escondido durante todo este tiempo porque sabías que no quiero tener hijos y mucho menos tan joven». Seguía moviendo la cabeza en

---

señal de desagrado y, con la sangre hirviendo por sus venas, la volvió a señalar directamente: «Has jugado sucio, muy sucio, y hay cosas que no se pueden perdonar. Te lo voy a plantear por una última vez: el hijo o yo», dijo Rui, muy tajante.

Valentina, sin poderse contener más el llanto, sacó fuerzas de flaqueza, se irguió sobre sí y con voz entrecortada, mientras lo señalaba a apenas centímetros de su cara, concluyó: «Con mi hijo, sin duda».

Rui, con la rabia contenida y cerrando el puño como signo de impotencia, aunqu e sin alzarlo para que Valentina no pudiese verlo, consiguió respirar profundamente, apretar los dientes, empequeñecer los ojos y, con una mirada triste fijada en Valentina, agachó la cabeza moviéndola de un lado a otro y salió de su casa.



«Chico, chico», decía el conductor del tuk tuk mientras le daba pequeños golpes en la cabeza, que movía de un sitio para otro como si estuviera rememorando aquella escena. «Ya hemos llegado», dijo con un acento inglés muy mejorable. En ese momento Rui despertó de su quinta dimensión y, con su mente aún con Valentina, le respondió «Gracias» mientras se bajaba sin saber exactamente dónde estaba.

Era todavía de noche, pero miles de turistas empezaban a llegar ya a la zona. El conductor lo había llevado a un sitio idílico para ver el amanecer con vistas a Angkor Wat. Aquellas cinco torres con forma de flor de loto apenas se avistaban en la oscuridad de una noche de luna nueva. Pero Rui sabía perfectamente dónde estaban, al menos cuando regresó a la realidad. Pues él ya había estado allí.

---

Se sentó en aquel lugar. Solo, lejos de los turistas. Quería meditar, tener la mente en blanco por unos momentos. Se resregaba la cara, desde la frente hasta la barbilla. Una vez. Y otra. Y otra. Cara melancólica con llanto contenido. Se escuchaba y no se encontraba. Se miraba y no se entendía. Necesitaba respuestas, soluciones, y por ello esperaba aquel amanecer. Que un nuevo día y su resplandor lo guiasen hacia su luz. Luz de cordura. Luz de fuego. Fuego de pasión. De fuerza. Fuerza que necesitaría para volver.

---

---

## Capítulo 2

«Rui, ¿puedes venir un momento?», gritaba María desde el rellano de aquella ladera que parecía unas escaleras que bajaran desde el cielo hacia un valle donde se perdía la vista.

«¡Enseguida voy! Estoy terminando de recoger este último cultivo», dijo Rui mirando hacia arriba, con las manos sobre los ojos para evitar que los rayos del sol lo cegaran.

Habían pasado ya dieciocho meses desde aquella noche en Siem Reap, aquella noche en la que a punto estuvo de dar marcha atrás, tragarse su orgullo, olvidar sus miedos, apretar los dientes y volver para recuperar su vida y tener una familia. Sabía que habría sido posible. Sin embargo, no pudo. Los pasos que quería dar hacia delante, su cuerpo los daba hacia atrás. Como si una fuerza en su cerebro lo hubiese condenado a no volver. Como si el orgullo y el miedo hubiesen conquistado su corazón.

Tras su andadura por medio Asia, Rui llegó a América y, tras un par de andaduras por Chile y Bolivia, se asentó en Santa Teresa, un pueblo cercano a las ruinas de Machu Picchu, en Perú, donde encontró una familia que lo adoraba y él se lo devolvió con la misma moneda.

---

María, la abuela de aquella aldea, contaba ya con casi ochenta años, pero seguía teniendo la misma fuerza que un adolescente. Lo llevaba en la sangre. Como si los años no pasasen por ella. Algo vio en aquel chico, al cual desde el primer día le abrió las puertas. Como si hubiese algo que le decía que debía hacerlo. Un sexto sentido. Y como ella siempre bromeaba, unos ojos tristes siempre decían la verdad... Y había mucha tristeza en esos ojos de Rui. Negros, pequeños, alicaídos. Ni la evolución de esa tristeza a una sonrisa enmascarada durante los últimos meses conseguía engañar a María. Demasiados años a sus espaldas. Ni cien psicólogos lo habrían conseguido.

«Ya estoy aquí, María. ¿Qué quería?», preguntó Rui mientras se limpiaba el sudor con el dorso de su mano y cogía una silla para sentarse. Eran las cinco de la tarde. El sol, camuflado ahora entre las nubes, empezaba a acercarse al horizonte y a Rui le extrañaba esa llamada, pues era una hora un tanto atípica para descansar.

«Solo quería conversar contigo, pequeño Rui», comentó María mientras le ofrecía una taza de café. «¿Cómo estás? ¿Eres feliz aquí?», disparó María directo al grano sabiendo de antemano que la respuesta no se correspondería con la realidad.

«Por supuesto, María. ¿Por qué lo pregunta?», respondió Rui con otra pregunta.

«Bueno, tienes mejor cara que cuando llegaste, lo cual me alegra muchísimo. Sin embargo, sigue habiendo algo en ti y en tus ojos que me transmite tristeza, melancolía...».

«Estoy bien, María. Lo prometo. De verdad. Me encanta el sitio, la aldea, su familia», seguía Rui intentando convencer a María, aunque ya empezaba a tener la sensación de que sería imposible.

«Interesante que hables de la familia. Pues tengo una pregunta, ya que nos adoras tanto...», continuaba María mientras hacía

---

una ligera pausa para sorber lentamente su café. «¿Qué te parece Viviana, mi nieta?».

A Rui le pilló de sorpresa esa pregunta. No se la esperaba. No sabía qué decir, así que tartamudeó: «Pu... pu... pues es muy maja, y agradezco que siempre esté tan atenta intentando ayudarme», comentó Rui finalmente, manteniéndose objetivo.

«Me alegro de que os llevéis tan bien, la verdad... ¿Y físicamente qué te parece?», siguió María con una pregunta impropia para su edad.

Rui, completamente aturdido, no sabía que responder. No quería entrar en esos detalles. Prefería evitarlo. «Bueno, su nieta es preciosa, ya lo sabe. Estoy seguro de que tendrá miles de pretendientes por ahí». Y terminó su frase con una sonrisa para intentar agradar a aquella abuela.

«Es chistoso que la encuentres tan linda, Rui», continuó María. «Porque si te parece tan preciosa, se llevan tan bien y ella está claro que te busca, no comprendo por qué no están juntos, ciertamente», terminó María con su pronunciado acento mientras su cara se cubría de arrugas al reírse.

«No sé a qué se refiere, María», dijo Rui con cara un tanto extrañada.

«No me malinterpretes, Rui: no quiero forzarte a nada con mi nieta. Tan solo siento curiosidad acerca de por qué apenas miras a una flaquita que tiene tantos pretendientes aquí en el pueblo», comentó María con cara extrañada. «Tampoco llego a comprender muy bien cómo un flaco como tú ha podido acabar aquí, con nosotros, con nuestra familia, en esta tierra... Y no me vuelvas a malinterpretar, pues estamos encantados de que estés con nosotros, pero mi viejo corazón me dice que ambas cosas andan relacionadas, que tus pequeños ojos tristes están huyendo de algo y que han encontrado el amparo en este nuestro hogar», terminó María con cara expectante ante la respuesta de Rui,

---

el cual se quedó sin palabras una vez más. Un silencio inundó aquella verde ladera, aquella alfombra de hierbas y flores. María, viendo que Rui no estaba preparado para responder, lo hizo por él: «Quien calla otorga, pequeño Rui, así que imagino que tengo razón». María volvía a sonreír. La mujer se levantó y le arropa sus hombros con sus manos llenas de las arrugas de la sabiduría. «No deberías tener miedo a contar tus sentimientos. Al fin y al cabo, ellos son los que te mantienen vivo», le dijo apretando con más fuerza.

A Rui le habían llegado esas sabías palabras al interior del corazón. Sus ojos negros se tornaron en sangre, en dolor. No necesitó explicar su realidad, sus motivos. Aquella señora de pelo cano y pañuelo en el cuello lo había calado. La sabiduría tiene edad. Y en aquella aldea la edad la marcaba María. Y le había marcado el camino. Ahora Rui solo tenía que andar sobre él. Pero Rui aún no quería. Como si no solo necesitase el camino, sino también que lo empujasen a él. «Lo siento, María, pero nunca he hablado de ello y no me siento con fuerzas para hacerlo».

María se giró para ponerse enfrente de Rui, empezó a enojarse y, con una fuerza impropia para una mujer de casi ochenta años, cogió la barbilla de él, la alzó hasta que enfrentó sus ojos y le dijo: «Mira, Rui, entiendo lo que te pasa. Es comprensible. ¿Pero sabes qué? Hay una fuerza todavía más temible que el miedo, y esa es la voluntad».

Y tenía razón. Rui sabía que no tenía escapatoria. Debía lanzarse. El empujón había llegado, así que, con la cara desencajada, empezó a recordar. Las lágrimas no tardaron en inundar sus ojos y, mientras se los restregaba con la manga de la camisa, dijo: «De acuerdo, contaré mi historia...». Y tras una pausa para tomar aliento, continuó: «Nunca había hablado de esto con nadie, pero ha llegado la hora», dijo Rui mientras se sacaba esa piedra que se había apoderado desde hacía unos segundos de su estómago.



---

«Hace poco más de veintiséis años, nací en un pequeño pueblo de agricultores de Portugal, muy cerca de la frontera con España. Al poco tiempo de nacer, mis padres se desentendieron y, con datos falsos para que nunca los pudiese encontrar, me dejaron en un orfanato para niños abandonados de la zona. No querían saber nada de mí. Lo tuvieron claro desde el principio. En aquel orfanato de sábanas ennegrecidas y baños mugrientos, de personal amargado y comida de perros, pasé mi niñez. Los primeros años fueron tiempos agradables, incluso felices, ya que lo que veía era lo que pensaba que existía. Allí todos mis amigos se criaban sin padres y lo veíamos normal. Nos contaban la historia de que todos los niños del mundo se criaban en sitios como ese, sin contacto con el exterior y sin contacto con los padres. Nosotros, inocentes, nos lo creíamos todo. ¿Qué podíamos hacer? Era la mejor manera de tenernos por allí sin dar mucha guerra. Según nos fuimos enterando, normalmente por los más mayores, empezábamos a arder por dentro. La curiosidad se apoderaba de nuestro cuerpo y los valientes queríamos salir, experimentar, saber qué había más allá de la verja. Todavía recuerdo aquel día en que me enteré. No necesité ni siquiera procesar la información, rápidamente intenté escaparme por los alambres de aquella empalizada y acabé sangrando. Qué dolor, qué impotencia, qué infelicidad. Fue el peor día de mi vida en aquel orfanato». Rui hizo una pausa para tragar saliva. «Gracias a Dios, aquel orfanato duraba hasta los dieciséis años, edad con la que ya se podía trabajar en Portugal. Todavía recuerdo aquel día en que cada uno de nosotros cumplía dieciséis y se debía ir. Al ser de los jóvenes del grupo, a mí me tocó despedir a muchos. Daba mucha pena ese adiós. Quizás porque se iba un hermano o quizás porque me quedaba yo. Seguramente por las dos cosas. Lo que estaba claro es que cada día que un gran amigo se iba significaba un día menos para mi gran despedida». Ruiz bajó la mirada unos segundos, como buscando algo en el

---

vacío. «Una vez en la calle, la sensación de libertad se apoderó de mi cuerpo. Pero ese sentimiento fue desapareciendo con el tiempo. Debido a la mala situación y a la pobreza en Portugal, necesitaba un cambio de aires, así que crucé la frontera. Ahí empecé mi andadura por el mundo, con tan solo dieciséis años. En España, pese a no hablar el idioma, poco tardaron en acogermelo como trabajador. Al fin y al cabo, era mano de obra barata y podíamos entendernos. Fue en una fábrica de productos alimenticios y, gracias a mi gran sacrificio y esfuerzo, pronto conseguí una buena relación con mis compañeros y con mi mentor. Cuatro años después, aquella empresa fue adquirida por una multinacional alemana que curiosamente necesitaba gente allí. A pesar de que los sueldos eran más altos, nadie quería irse allí. Yo fui el último en llegar, pero me dieron la oportunidad de ir. No sabía nada sobre aquel país, pues la educación en el orfanato resultó paupérrima. Sin embargo, no necesité mucho tiempo para pensarlo, pues en España no dejaba nada. Me embarqué en una segunda aventura al poco de cumplir veinte años. Como si tuviese que amortizar lo antes posible todo el tiempo en aquella cárcel para niños. Llevaba el riesgo en la sangre y la incertidumbre me daba poder. Todavía recuerdo como si fuese ayer cuando llegué a aquel pueblo alemán cercano a la localidad de Constanza. Aquellas calles limpias en las que se respiraba paz, aquellos baños públicos completamente limpios y aquellos coches lujosos que pensaba que solo aparecerían en las películas me hicieron estar más seguro de que la decisión que había tomado era la correcta. Con la esperanza de tener alguna vez uno de esos coches, empecé a trabajar duro. Pero no todo fue coser y cantar... Aquel idioma tan complicado hacía la vida mucho más difícil. Era el tercer idioma que aprendía una persona a la que apenas le enseñaron bien el suyo materno. Compaginando el trabajo por las mañanas con las clases intensivas por las tardes, poco a poco me fui integrando en aquella